

## LA NUESTRA, ¿OTRA GENERACION FRUSTRADA?

Isaías Peña Gutiérrez

*“La historia de la literatura no debe, no puede escribirse sino como parte de la historia política”*, Pedro Gómez Valderrama, en *Nosotros y La Libertad* (1958)

Como el inescrutable Wamani de aquel relato a contraluz de José María Argedas que cuenta la agonía de Rasu-Niti o como el misterioso Cuervo del poema de Edgar Allan Poe, la frustración ha venido aleteando agoreramente sobre los grupos generacionales colombianos de los últimos cincuenta años.

La última generación iconoclasta fue la de Luis Tejada, Gabriel Turbay y José Mar, Jorge Zalamea, Alberto Lleras y Juan Lozano, Jorge Soto del Corral, Carlos Lozano y Jorge Eliécer Gaitán, Alejandro Vallejo, León de Greiff y Luis Vidales, es decir, la generación de “Los Nuevos”, que apareció hacia 1920 y contribuyó a la transformación del país desde entonces.

A partir de ellos, agotada la década del 30, quienes sufrieron el golpe del 9 de abril de 1948 con la muerte de Gaitán, por ejemplo, entre ellos Pedro Gómez Valderrama, Otto Morales Benítez, Jorge Gaitán Durañ, Mario Latorre, Daniel Arango, Jaime Posada, Hernando Agudelo Villa, Alberto Hernández Mora, Enrique Pardo Parra, Hugo Latorre Cabal, Gustavo Vasco, debieron abandonar el país o iniciar una larguísima etapa de espera, asordinando aspiraciones que hoy todavía combinan las desesperadas notas de la frustración. “Veámos, dice Gómez Valderrama en su ensayo “Nosotros y la Libertad”, el porvenir, condenados a que nuestras palabras no pudieran oírse. No sabíamos entonces claramente que lo que creíamos nuestra frustración como hombres, era la frustración de nuestra libertad”. En igual sentido se pronunciará el inmediato grupo generacional que con Fabio Lozano Simonelli ha tenido el mejor de sus expositores. Ellos, a su vez, anticiparán la frustración de los jóvenes que se enrolaron en el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y en los posteriores movimientos armados que, con una sola excepción, resultaron igualmente frustrados y que parecen haber sido recogidos en los polémicos “Años de Fuga” de Plinio Apuleyo Mendoza. La iconoclastía del grupo nadaísta, que estalla un poco antes del año 60 no tiene otro sabor, también, que el de la frustración.

Y nos ha llegado el turno a quienes entramos en escena a finales de la década del 60, nacidos alrededor de los años 40, en vísperas o en el atardecer de la segun-

da guerra mundial. Con el peso angustioso de las voces que desde atrás, en coro, han venido reclamando contra sus frustraciones —porque se han limitado sus libertades, porque la esperanza se ha convertido en pesadilla, porque los desequilibrios sociales horadan su imagen—, yo he seguido paso a paso el camino recorrido por casi todos mis compañeros de generación, atento a sus actuaciones, a sus silencios, a sus virajes. En 1977, observaba en un ensayo titulado “Génesis y contratiempos de una narrativa”, incluido en mi libro *Estudios de Literatura*, cómo la imagen de esta generación aún era difusa y cómo la atonía, la inseguridad y la perplejidad eran sus mayores rasgos característicos. Hoy que vuelvo sobre el tema, la situación no ha cambiado mucho. Y un revelador artículo sobre los actores ganadores de los últimos Oscars, publicado con seudónimo por un escritor de mi generación bajo el título “Dustin Hoffman, Sally Field, Robert Benton y. . . otros frustrados se salieron con la suya”, me ha acentuado esa insostenible pesadilla de comenzar a reconocer entre nosotros ese mismo aleteo del Wamani o del Cuervo que cité al principio.

¿Cuáles han sido las circunstancias político-sociales que han rodeado a esa centena de escritores, narradores y poetas, y los lleva camino de la frustración? ¿Cómo podríamos caracterizarlos socio-culturalmente para, asimismo, diagnosticar sin mucho margen de error? De eso quiero hablar ahora, ampliando o dando nuevas razones.

Nuestra generación recibió muchos legados grises, entre ellos un siglo de soledad y muchos años de fuga; el convenio de la paz del Estado de Sitio; la neutralidad que se desprendió de la paridad y la alternación de los partidos políticos tradicionales en el poder; y, el rechazo continental a Cuba por su ingreso irreverente a la sociedad socialista. En síntesis, nos recibió una democracia restringida, con militarismo a bordo aunque de nuevo cuño. Ya no éramos la generación de aquella violencia que desangró a los campos y malformó a las ciudades; como las anteriores (y las que nos suceden) asimilamos el Estado de Sitio, droga que se convirtió en vacuna perpetua contra un mal que ya nadie quiere identificar porque su sintomatología se perdió en las cárceles o en los tratados autocomplacientes; y fuimos, definitivamente, la generación del Frente Nacional. Salvo una rebelión que viniera después, heredamos del Frente Nacional, para no pasar de ahí, todas sus contingencias y virtudes. Así, asistimos a la forzada metamorfosis de un país rural que se convirtió en urbano: de 9 millones 239.626 habitantes urbanos en 1964 pasamos a 14 millones 021.100 en 1972, mientras la población campesina permanecía en el tope de los 8 millones. Hoy de tres habitantes, dos viven en la ciudad. Sin embargo, continuamos con mentalidad campesina cuando subimos el ascensor, manejamos el carro o encabritamos la moto. Porque no es lo mismo haber nacido hablando por teléfono mientras se mira la televisión y nos botan el periódico por debajo de la puerta, que llegar a la ciudad a aprender cómo nos manejan los medios de comunicación. En 7 ciudades grandes del país vive la mitad de la población urbana del país. La otra mitad vive en pueblos que son ocupados por campesinos que salen por la mañana y regresan por la noche. Con ese crecimiento urbano hemos asistido, también, a un fenómeno que nos ha afectado a todos por igual: el desempleo y el subempleo. La población en edad de trabajar, de 15 a 60 años, es de 13 millones de personas; de ellos sólo 9.4 millones están en posibilidad de trabajar, es decir, son económicamente activos, y de ellos, solamente, 8.7 millones tienen empleo. Y si se tienen en cuenta los desempleados y los subempleados, en el país tenemos, en estos momentos, millón y

medio en las ciudades y un millón en los campos sin ocupación total o parcial. De otro lado, indefectiblemente, hemos visto subir el costo de la famosa canasta familiar, que en el campo asociábamos con el inocente mimbre, hasta el 30 o/o en 1979, cuando se batieron todos los records. En nuestras dos décadas "públicas", en 1960 y 1970, no vimos disminuir la mortalidad infantil ni aumentar la protección a la niñez. Cada cinco minutos muere un niño sin poder cumplir cinco años. Continuamos con los mismos índices de analfabetismo y con la eterna crisis universitaria. Ochocientas mil familias no tienen vivienda en las principales ciudades del país y en los cordones de miseria de ellas las gentes sufren las limitaciones de la insalubridad, la desnutrición y la inasistencia del Estado. En cambio, a 26 mil millones de pesos llegarán los gastos militares en 1980, mientras los hospitales son cerrados definitiva y temporalmente. El incremento de la población urbana hace crujir los seguros sociales y todos vemos frustrados echar atrás conquistas ganadas en otras épocas.

Por el contrario, las estadísticas reflejan un crecimiento inusitado del sector financiero, del producto nacional bruto, de las exportaciones mensuales de textiles y confecciones, de manufacturas metal-mecánicas y eléctricas, de bananos y flores, productos químicos y farmacéuticos, de la producción cafetera, de las reservas internacionales, que al finalizar 1979 superaron la cifra de 4.100 millones de dólares. De la misma manera, desafortunadamente, la deuda externa ha aumentado y hoy se acerca a los 5.600 millones de dólares, y, por ende, los capitales extranjeros controlan los mercados internos y parte de las exportaciones.

La contradicción es evidente para quienes se detengan un rato en estas cifras. Frente a un desarrollo económico aparentemente favorable para el país —que debe ser defendido a toda costa con medidas propias de una nación en estado de guerra, aunque el Presidente sea liberal— se destaca un terrible desequilibrio social total.

Este inmenso contrasentido, gran desarrollo económico con estatutos de seguridad alimentados por sistemas extraños a nuestras tradiciones jurídicas —como es la obtención de confesiones y pruebas con base en torturas psíquicas o físicas—, frente a un desarrollo social precario, inhumano, engendró un peligroso desencanto entre las gentes con relación a sus instituciones políticas. Fue el desencanto que se transmitió a mi generación. Y si a él le agregamos el confuisionismo impuesto por los principales centros internacionales difusores de noticias, que han manipulado los conflictos del mundo entre capitalismo y socialismo hasta hacernos pensar que no habiendo alternativa entre los dos grandes sistemas, implícitamente, es mejor continuar padeciendo la dependencia en que vivimos, tenemos que aquel desencanto terminó convirtiéndose en escepticismo (aparente o real), en displancia absoluta, en atonía total. Ni la abstención electoral (que llegó al 71.3 o/o en 1980) ni la crisis de los partidos tradicionales, ni el escaso progreso de los frentes de izquierda requieren mayores estudios para llegar a esta conclusión.

La lucha ideológica entre las grandes potencias ha servido de pretexto para encubrir nuestros errores y desequilibrios sociales. Si en México se hace un análisis de nuestra situación nacional social, se dice entonces que son los corifeos del castrismo o que el fantasma del comunismo se ha tomado la prensa mexicana. La lepromanía y el satanismo nos han asediado ahora más que nunca.

Con resultados evidentes, también, en el sector cultural. Luis Vidales y Gabriel García Márquez fueron buenos escritores, por ejemplo, hasta cuando "se juntaron" con los marxistas de tendencia soviética. Las obras de teatro son excelentes si no las hacen estos grupos políticos. Los leprosos no tienen derecho a ninguna vida social. Satán debe estar en los infiernos. Desde el principio, antes de existir la luz, ellos ya estaban signados por la noche y el destierro. Y así, a más del confusionismo, hemos caído en el desgaste inoficioso que producen la paranoia o el nominalismo gratuito, deshumanizado. Ya no luchamos por la libertad, como en la década del 50, ni por la supuesta liberación, como en la del 60, sino porque en medio del caos, del terror a las palabras marcadas, nadie nos va a señalar como *culpables* frente a los militares o a los pequeños olimpos esotéricosseudomarxistas.

El resultado, para comenzar a cerrar esta primera parte de identificación de las coordenadas político-sociales que nos han rodeado, ha sido el de que la inmensa mayoría de integrantes de la generación del Frente Nacional, rompió, finalmente, con los partidos políticos tradicionales, pero quedó suspendida en un aterrado limbo cuya principal vocación ha sido el abstencionismo en un sentido total. Tal vez sea un abstencionismo creador, que sea una respuesta pasiva para provocar una reacción donde no se corra ningún riesgo. No sé. Pero lo cierto es que ninguna vinculación nuestra existe con los organismos partidarios en particular, salvadas algunas excepciones con el liberalismo, el movimiento cívico de Cali, y un número apenas apreciable que simpatiza con el Partido Comunista y Firmes. ¿Pero existen relaciones con el parlamento? ¿Con el ejecutivo? ¿Hubo algún pronunciamiento nuestro cuando a Luis Vidales lo llevaron a la brigada de Institutos Militares? ¿En la Comisión de Derechos Humanos alguno se hizo presente? Si exceptuamos a Enrique Santos Calderón, a Daniel Samper, a Gustavo Alvarez, a Carlos Orlando Pardo, quienes, en virtud de su poder económico, han intervenido en política activamente, los demás, entre más de un centenar de escritores y artistas, poco hemos tenido que ver con ella. Aprendimos a ser neutrales en 16 años de Frente Nacional y para vivir en paz, tratando de olvidar la "Violencia" de la niñez, aceptamos que ni el capitalismo ni el socialismo podrían solucionar los problemas sociales de ningún país. Pero no todas las causas residen en los gobiernos de Lleras Camargo, Guillermo León Valencia, Carlos Lleras Restrepo, Misael Pastrana Borrero e incluso Alfonso López. Son varias las razones sociales y culturales que contribuyeron con ese fenómeno.

En primer lugar, todo este grupo de escritores y artistas proviene de zonas campesinas y aldeanas. Esto significa tres cosas: 1) La extracción de clase ha sido esta vez, definitivamente, popular o de clase media. Somos hijos de sastres, de agricultores, de pequeños propietarios, de policías, de empleados, y eso significa ausencia de poder político y económico. 2) La procedencia geográfica fue verdaderamente descentralizada. Venimos de pueblos minúsculos, con una gran influencia campesina, con costumbres reñidas con la ciudad. Tuvimos que enfrentar una educación confesional de provincia con una neo-marxista universitaria de la capital. Nunca nos apretó bien el nudo de la corbata y por ahí debió comenzar el temor a los pasillos del Congreso y a los solios ejecutivos. 3) Por lo tanto, tampoco, jamás tuvimos contactos con las élites culturales del país. Si la Academia nos resultó antipática desde un principio, las salas de redacción de los periódicos siempre nos infundieron un miedo inmisericorde. Tampoco existían revistas cul-

turales que recibieran nuestros materiales por entonces. La insularidad, de otra parte, entre nosotros mismos, fue evidente.

El rompimiento con los buenos modales de la Academia, el abordaje de nuevos temas con lenguajes diferentes, haber conseguido paulatinamente una conciencia profesional del oficio, también nos valió una larga temporada retirados de los principales difusores de la cultura en el país como han sido los suplementos literarios, hasta cuando la provincia nos dio márgenes y luego accedimos, parcialmente, a los de la capital. Los intentos por suplir los suplementos con revistas culturales siempre resultaron frustrados. Y en esto fue mucho más evidente nuestra desvinculación del poder económico y político del país.

Esta desvinculación, citada ya varias veces, es la llave para entender otra parte del problema. Ante la imposibilidad de entrar en contacto con el país político, como consecuencia de nuestra desvinculación con el poder económico, los caminos optados han sido numerosos: muy pocos, como antes, se han vinculado a la burocracia estatal; otros se fueron del país, como Oscar Collazos, Luis Fayad, Héctor Sánchez, Moreno Durán, Ricardo Cano, Helena Araujo, Aguilera Garrañuño, etc; algunos nos dedicamos a la cátedra universitaria y al periodismo; muy contados a las actividades privadas; casi nadie ha ingresado a la diplomacia. Esa diversidad de caminos ha contribuido, de paso, para que muchos hayamos abierto varios frentes a un mismo tiempo, sin saber aún hasta dónde esa dispersión nos haya o no perjudicado. Las artes plásticas, el cine, el teatro, la novela, el cuento, la fotografía, el dibujo, han sido vías de comunicación o de escape a nuestro encierro impuesto.

Una desmadejada despreocupación o una simulada frustración ha acompañado, por ejemplo, a escritores como Policarpo Varón o Germán Santamaría y a muchos otros con grandes capacidades narrativas. Es la letra que no refleja nuestro gusto o la foto que no nos identifica. La angustia del peso que nos aplasta a pesar nuestro. Es la acumulación de respuestas que jamás han salido del pecho porque no ha habido momento para hacerlo por temor a perder la pequeña tabla de salvación que es un puesto o la conformidad con el gusto de quien tiene el poder de la información.

La inseguridad de los temas derivada de la inseguridad personal, la falta de libertad para escribir lo que a cada quien le venga en gana según su posición social e ideológica, también nos ha ido minando. Los códigos ideológicos han traumatizado los códigos estéticos y los temas como los protagonistas han resultado satanizados. Ver a un obrero en una obra es motivo de rechazo literario, como ver a una gamín en una película, también. Los apolíticos terminaron cercenando la libertad de quienes en principio, a su vez, cercenando la libertad de aquellos, exigían una literatura esencialmente política. Errores recíprocos graves que han inducido a inútiles polémicas entre escritores con grandes dotes. Hasta el punto que algunos se han trasladado a temas de la antigüedad o del futuro para evadir las discusiones del presente, como en el caso de Germán Espinosa con sus dos novelas publicadas hasta el momento. En cine se cayó en la trampa —por infantilismo de izquierda— de eliminar la denuncia social porque presuntamente eso significaba negociar con la miseria. Los poetas escogieron la burla como mejor camino, aunque para muchos su aparente apoliticidad los ha ido dejando en los casquetes de una poesía desarmada de toda actualidad. Es curioso, cuando menos, que en *Poesía Trunca*, un volumen de 357 páginas con 27 poetas latinoame-

ricanos, cuyas vidas fueron segadas por sus actividades políticas, no aparezca un solo colombiano. Es curioso, digo, porque también es explicable en virtud de las paces del Frente Nacional (a pesar de las luchas guerrilleras que durante los años 60 y 70 asediaron al país). Como también es curioso que, al contrario de los demás países del continente, sin excepción alguna, creo, no haya en el exilio un solo escritor colombiano. Particularmente, me alegro, pero me queda la duda de su causa: o el sistema los ha respetado demasiado o ellos no se han metido con el sistema ni con los problemas sociales del país. O hemos aprendido a hacernos los pendejos mientras llegan mejores días. Porque esta es otra característica nuestra: nunca hemos podido ser beligerantes. El soporífero del Frente Nacional, del Estado de Sitio, del Estatuto de Seguridad, de la prensa gobiernista, nos redujeron a los tonos menores o a esa atonía citada antes. Cualquier texto liberal de 1930 es una oración subversiva comparada con las sutilezas que empleamos actualmente muchas veces para no decir nada. Los escritores que comenzaron como rebeldes, para no parar en el ostracismo (recuerdo los casos de Arturo Alape, Jairo Anbal Niño, Eutiquio Leal, Celso Román), tuvieron que dejar de escribir, o cambiar de tono, o irse contra todos, o, simplemente, hacer textos alegóricos. Tal vez en el teatro hayamos ayudado a configurar un movimiento que venía desde atrás con alguna fuerza y, posiblemente, en este momento comience a tomar sus riendas.

¿Cuál fue la música característica de nuestra generación? El rock and roll y las baladas, lo que se llamó la "nueva ola", perteneció a los nadaístas. En nuestros pueblos oíamos tangos, corridos, boleros, y cuando reconocimos, más tarde, la Sonora Matancera, ya no nos pertenecía. El alarde por reencaucharnos con la "salsa" no es más que la falsa ilusión de reencontrarnos con Daniel Santos o con Rolando Laserie. En cierto sentido hemos andado con música prestada. Ya no podemos bailar "disco" y el vallenato ha evolucionado tan rápido que ha sido fugaz para nosotros. En secreto, seguimos con el tango, los boleros y el jazz.

En cambio, el cine nos ha auxiliado enormemente. Porque hacerlo es una actividad casi esquizofrénica y verlo es un ritual secreto. No es gratuita la invasión de personajes, temas y directores cinematográficos en la narrativa de nuestra generación.

En total, diría que de nuestro distanciamiento frente a la vida política del país, en sentido pasivo o como rechazo activo, dos grandes consecuencias subyacen en la obra producida hasta 1980: la ausencia de un propósito nacional, la falta de una perspectiva nacional, la inexistencia de una posición vigorosa, de defensa o de condena, frente a la vida del país. No quiero que se me tergiverse, pues no me refiero a que los temas deban ser políticos. Hablo de la energía vital, de los 360 grados de la circunferencia, de la temperatura a que hierva el agua, del vigor del movimiento musical, de la goleada, del riesgo corrido, del granangular, de la integridad, al asumir los temas en la obra literaria y artística. Nadie ha dicho, "todo o nada". Todos hemos ido con nadadito de perro. En segundo lugar, una forma suplementaria, para llenar el vacío que deja la inexistencia de una fe y unas metas en el pedazo de tierra en que uno vive, entre nosotros ha sido el estudio de los modelos literarios que en otros países no han resultado frustrados. Los mitos personales o temáticos han suplido nuestra realidad, desafortunadamente. No pudimos tener acceso a nuestras esperanzas sociales, nacimos padeciendo la

violencia, crecimos bajo el terror de Laureano Gómez y Rojas Pinilla, y cuando, después, hablamos en público nos dijeron delante de más de cinco personas ya no pueden hacerlo, y entonces nos volvimos borgianos, cortazarianos, pazianos, estructuralistas, mágico-maravillosos, mailerianos, etc. Y era fácil hacerlo, porque la tradición de dependencia cultural nos ayudaba. Mientras tanto la realidad —que todos han querido tocar— quedaba aislada, intangible, impermeable. De nuevo, un oscuro orden reinaba sobre la libertad de creación que proporciona el contacto directo con la realidad de la vida.

¿Cuál podría ser, entonces, nuestro balance en casi veinte años de trabajo? Más que los saldos, me interesan los procesos, las operaciones efectuadas. Hemos padecido las contradicciones del alto desarrollo económico frente al oprobioso desequilibrio social; de nuestra atonía política y del presunto desinterés por la vida política del país frente a los torpes manejos de la política en la obra escrita; de nuestra procedencia aldeana frente al enmascaramiento ciudadano; del tránsito cruento del bachillerato conservador a la universidad violenta. Y sin embargo, el aleteo del Wamani y del cuervo más me prefiguran una fantasía que la última realidad. Pienso que el diálogo llegará, así sea forzosamente. Y las castas gobernantes entenderán que el país no puede seguir de frustración en frustración. Existe un pensamiento y una tradición cultural progresista en el país que arranca desde las guerrillas indígenas de los pijaos que jamás se rindieron ante los españoles, pasando por los Comuneros, Bolívar, Santander, los gestores de la revolución de medio siglo (1850), el Indio Uribe, los Canos y el periodismo independiente, Uribe Uribe, Luis Tejada, los socialistas y marxistas del 30, los liberales del 36, Gaitán, hasta los valerosos periodistas de 1.980, que con Guillermo Cano a la cabeza han sabido afrontar las amargas violaciones de los derechos humanos en el país.

Un nuevo código de comunicación debe aflorar tarde o temprano, en virtud del cual, como lo pediría hace poco Jaime Pinzón López, podemos conocer sin cortapisas ni trampas ideológicas qué es lo que sucede en Harlem o en Irán, en Cuba o en Haití, en Nicaragua o en Angola, etc. El terror a las palabras aprendido para beneficio de una potencia cualquiera tendremos que desterrarlo. La única salida que tenemos es aprender de nuevo el alfabeto y hablarlo con la frescura de un amanecer. Un alfabeto que aproveche el cese de la violencia entre los grupos oprimidos y nos permita ver nuestra realidad a la luz de nuestras estrellas y no a la luz de la estrellas de banderas que ya brillaron. Un alfabeto que nos permita estudiar los avances e imperfecciones tanto del capitalismo como del comunismo y, sobre todo, nuestros dolores y miserias, nuestras riquezas y probabilidades. Para que la libertad no sea el abandono de una zona geográfica, sino la satisfacción de unos deseos y unas esperanzas secularmente postergados que tienen nombres propios: educación, salud, vivienda, trabajo, esparcimiento, dignidad.

Entonces, nuestra generación recobrará la sencillez, la confianza, y la franqueza, y no la intimidará la región, el punto geográfico, el medio, como lo pedía hace muchos años Tomás Carrasquilla en una "Homilía" dedicada a Luis Cano.

En muchas obras y actitudes alcanzo a presentir este nuevo alfabeto. Un ejemplo claro puede ser el de *Hojas en el Patio* de Darío Ruiz Gómez, que no podría considerarse un intento fallido pero tampoco exitoso. Darío apuntó al rostro, al alma, a la memoria de una sociedad en transición, pero la tensión interna de la obra fue inferior a la intensidad formal que se propuso. Así son muchas

las obras que titilan en la década del 70 sin que veamos el reflector que nos alumbró del todo. Otros proyectos, como el de la agremiación de los escritores, que propusimos hace más de siete años, parece levantar cabeza con el apoyo y dirección de algunos de quienes entonces se lo negaron. De otro lado, nadie puede quejarse ahora por falta de editoriales. Plaza y Janés, Carlos Valencia Editores, La Oveja Negra, Pluma, en Bogotá, por ejemplo, han desatado el nudo gordiano de la industria editorial en Colombia. Ahora tendremos que competir con quienes nacieron en la década del 50 y ya comenzaron a producir. O con la retaguardia que siempre esperó mejores oportunidades o mayor madurez y hoy colocan el punto alto, como en el caso de Mario Escobar Velásquez. También, es un buen síntoma para nosotros la apertura dada de algunos años para acá por periódicos como *El Espectador* y su "Magazin Dominical", como vehículo para nuestras ideas y trabajos, lo mismos que la tolerancia librepensadora de nuevos periódicos como "El Mundo" de Medellín. Revistas como "Gato Encerrado", becas como la anunciada por Luz Helena Zabala de Acevedo, de la Universidad de Antioquia, para el fomento de la literatura y el arte, talleres literarios, como el de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, nos ilusionan. Todo esto constituye un indicio serio para pensar que alguna vez, aunque con el mayor retardo que haya tenido una generación colombiana en su historia, podremos ingresar a la vida nacional de cuerpo entero. Y la frustración tendría que ser a pesar nuestro y no en nuestra ausencia o contra nuestro querer.

Mientras tanto yo termino. El aleteo del Wamani y del Cuervo me ha asediado a lo largo de estas cuartillas. Ellos pueden ser la frustración castradora o la frustración creadora. Apenas son la señal, no el olvido. Pero los bailarines y los poetas somos nosotros. No el Wamani ni el Cuervo. Ojalá todo esto no termine como al final de "If. . .", aquella lejana película de Lindsay Anderson que tan extrañas sensaciones nos dejó la tarde que fuimos a verla cuando ya comenzábamos a ser esta vigilante conciencia de frustración y desesperanza.